

Alicia de Larrocha, una gran pianista española de rango internacional

LA presencia en Madrid de Alicia de Larrocha, su actuación triple con la Orquesta Nacional, aclamada por los públicos de viernes, sábados y domingos, puede ser el punto de partida para un comentario que se debe a la gran artista, en candelero informativo las temporadas últimas por su incesante actividad allende fronteras. En efecto, noticias de Norteamérica y la Argentina, de Sudáfrica y de Suecia, de Alemania y del Japón, hablan de los éxitos de una intérprete que ha conseguido imponerse en el mundo por el camino inatacable de su calidad y con los recursos que nacen de un trabajo sostenido sin desmayo en muchos años de profesión.

Los aficionados madrileños con solera de lustros en su filarmonía recordarán la presentación, allá por 1935, de una niña que no levantaba dos palmas del suelo y atravesaba, como una muñeca, las filas de los profesores de la Orquesta Sinfónica para aproximarse al "podium" ocupado por el venerable maestro Arbós, colocarse ante el piano, salvar distancias a fuerza de almohadones y sorprendernos con una interpretación musical sensible, delicadísima en el estilo y pulcra en la realización, de un "Concierto", de Mozart.

Desde entonces no ha hecho otra cosa Alicia de Larrocha sino mantenerse fiel a su arte y depurarlo. Discípula predilecta de Frank Marshall, colaborador y heredero de Granados, de su Academia, brote brillantísimo de este centro docente barcelonés, Alicia, íntimamente ligada al trabajo de su maestro, recibió a su muerte, hace unos años, la Academia Marshall, que hoy dirige en los períodos de estancia en su ciudad, cada vez menores, bien asistida por un cuadro docente en el que forman su propio esposo, el pianista Juan Torrá, y su compañera, la ilustre concertista Rosa Sabater.

Alicia, sin embargo, y aun a pesar de cultivar también la misión pedagógica en los cursos de "Música en Compostela", sólo de una manera adjetiva puede juzgarse expo-

nente de esta rama profesional, porque lo que es, lo que siempre ha sido, es pianista en activo, concertista. Para alcanzar los entorchados actuales, para llegar a este lugar que sólo disfrutaban los privilegiados, en el que son más las invitaciones para actuar que las posibilidades de hacerlo, más los contratos que esperan que los atendibles, Alicia se ha valido de un medio que raras veces fracasa: el trabajo. Un trabajo inteligente, constante, abnegado y sensible. Soy buen testigo de su preparación, de su "material disponible". Recordaré, por lo significativo, algo que me ocurrió con ella. Propuse a la gran pianista que me honrase con su colaboración para un ciclo de conferencias concierto en Orense. Por la época, se había pensado el programa en razón de las efemérides distintas que destacaban los nombres de Mozart, Schumann, Granados y Falla. Telefoné a Barcelona para convenir las obras, en el deseo de acomodar mis comentarios al repertorio disponible. Recuerdo bien que estábamos a mediados de octubre y que un mes más tarde habían de celebrarse las cuatro sesiones, en días sucesivos. Alicia empezó a brindarme posibilidades. «Mozart, en realidad, puedo representarlo con alguna "fantasía" y cualquiera de estas seis "sonatas" —aquí la cita de las esenciales—. Para Schumann dispongo de lo que quieras: "Papillons", cualquiera de los dos "Carnavales", "Kreisleriana", los "Estudios sinfónicos", la "Fantasía", las "Escenas infantiles", las "Cuatro piezas". Para Falla, como tiene poca obra pianística, habremos de apoyarnos en algún arreglo complementario: las "Cuatro piezas españolas", la "Fantasía bética", el "Homenaje a Dukas", danzas de "El amor brujo", "La vida breve", "El sombrero de tres picos"... De Granados, bueno, de Granados lo que quieras: las "Seis piezas sobre cantos españoles", las "Doce danzas", los "Cuentos de juventud", las "Escenas románticas", los "Valses poéticos", las "Goyescas"...» Interrumpí: "Alicia: le recuerdo que las sesiones serán dentro de un mes". La respuesta fue inmediata: "Bueno; piensa lo que prefieres y me lo dices con siete días, para repasarlo."

Ahora el repertorio es todavía mayor: Bach, Mozart, Beethoven, Brahms, Schumann, Chopin, Rachmaninoff, Liszt, Falla, Montsalvatge, tantos otros, se barajan para los programas con orquesta. Los de recitales se alimentan por docenas, centenares de títulos. Y todo sin aspavientos, con sencillez... y con esa calidad ya reconocida sin fronteras, que hace de Alicia de Larrocha la gran pianista española del momento.

Antonio FERNANDEZ-CID

DISCOS

MOZART

El apellido Menuhin se une para el aficionado al nombre Yehudi. Ambos, al recuerdo y admiración suscitados por el gran violinista. Pero su hermana Hephzibah es una pianista de clase, digna de todo el aplauso por la pulcritud de su técnica y una musicalidad que la hacen digna del artista citado. En labor de colaboración entrañable, Yehudi, que desde hace unos años hace compatibles sus demostraciones violinísticas con las directoriales, se pone al frente de su estupendo conjunto de cámara, la Orquesta del Festival de Bath, y asiste con todo cuidado y eficacia las

interpretaciones como solista de la hermana, en dos de los más bellos, inspirados y representativos conciertos mozartianos: el número 14, en «mi bemol mayor», K. 449, y el 19, en «fa mayor», K. 459, éste, sobre todo, popularísimo y brillante como exponente de la parcela que liga el teclado a la voz de la orquesta en el catálogo del compositor salzburgués. La publicación estereofónica de «La voz de su Amo» (1) es digna del máximo aplauso por la fidelidad de timbre.

BARTOK

Cuantas oportunidades se nos brindan para enfrentar-

nos con la obra de Bela Bartok y ampliar o reafirmar el conocimiento de la producción de este compositor, figura principalísima de la música en el siglo XX, han de recibirse con el mayor entusiasmo y la satisfacción más viva. Debemos a «Hispavox» (2) la publicación de un disco interesantísimo, en el que se ofrecen dos de las obras más representativas del autor húngaro: su «Divertimento», para orquesta de cuerda, y la «Sonata para dos pianos y percusión». Muy directo y colorista, con el juego de la disonancia, la intención expresiva, la gradación sonora hasta desembocar en el «climax» y el popularismo, aquél. Suge-

rente, misterioso, con el encanto de sus acentos, sus ritmos y su color instrumental, hermana menor de la «Música para celesta, percusión y piano», ésta. La «Sonata» es magníficamente interpretada por los pianistas Geneviève Joy y Jacqueline Bruneau, los percusionistas Naudín, Tavernier y Maublanc. El «Divertimento», por la Orquesta de la Opera de Stuttgart, dirigida por André Jouve. Ambas versiones son de calidad y sirven de muy adecuado vehículo a unas músicas llenas de encanto.

A. F.-C.

(1) Voz. EMI. Stereo ASDL 936.
(2) Hispavox. HDU 340-01.